NI COMUNIDAD NI SOCIEDAD: DISOCIACIÓN.
EL AGUIJÓN DE UN COMUNITARISMO ASOCIATIVO CATÓLICO Y LA HETEROGÉNESIS DE LOS FINES

Juan Fernando Segovia

1. Tesis

La tesis que se sostiene en este breve ensayo es la siguiente: lo que se nos presenta como una verdadera comunidad de católicos en respuesta a los desafíos del mundo hodierno, a saber, el amurallarnos y encerrarnos para no ser arrasados por él (y así salvar a los buenos y los elegidos), lejos de producir una verdadera comunidad (una nueva *christianitas minor*, super pequeña en el caso) genera el efecto contrario: destruye la comunidad por el aislamiento egoísta y obtiene no una asociación sino una «disociedad». Lo que pareciera ser una asociación de las buenas voluntades garante de la fe y la moral católicas acaba en la disociación.

2. Exposición de la tesis: la heterogénesis de los fines

El «mundo» ha sido siempre un desafío para los católicos llamados a convertirlo. No son pocos los que han creído que hacerlo importaba asimilarnos a él (católicos liberales, democristianos, modernistas). Y ha habido también quienes, escépticos o fatigados, creyeron que lo correcto era abandonarlo a su suerte (como muchas sectas medievales y aun hodiernas). La primera elección nos sumerge de cabeza en el mundo, nos hace mundanos; la última, que es la que se considera aquí, es una invitación a construir un castillo invencible lejos de la marejada mundana.

Fundación Speiro

Me pregunto: la defensa del castillo inconquistable ¿puede que lo debilite aún más?; un modelo de comunidad católica al estilo benedictino, malamente copiado, ¿puede que produzca un resultado diferente, incluso si la imitación es suficientemente buena? Este es el caso del comunitarismo católico: la intención está en desacuerdo con el resultado porque, a mi juicio, hay una desviación del fin por un mal juicio sobre los medios o las circunstancias. Imprudencia, en suma.

El comunitarismo católico hoy en boga es un ejemplo de la heterogénesis de los fines: lo que en un comienzo se idea como protección de lo mejor en un mundo de lo peor, la busca de una ciudadela incontaminada y segura, remata en su contrario por la negación del fin natural (o sobrenatural) y su frustración. No se trata en todos los casos de un error grave respecto del fin último (error que puede haberlo) sino de los fines que llevan a él, esto es, de los medios, como también de la equivocada apreciación del entorno de la acción. Se puede tener la mejor y más santa intención al pergeñar esa «mini ciudad católica impoluta»; de lo que no cabe duda es de que sus resultados no son los buscados, porque hay un desacuerdo entre propósitos y logros.

La ciudadela católica aislacionista no es un oasis en el desierto, esto es, un refugio en medio del combate que nos permite reponer fuerzas para proseguir la lucha (incluso por otros medios, como la oración en los monjes), es el desierto mismo a merced de las huestes del enemigo.

3. Argumentación: comunidad y asociación

Los términos comunidad y asociación, que aquí contrapongo, remiten de inmediato a la distinción fundada hace tiempo por Ferdinand Tönnies, que uso como argumento de la crítica sin repetirlo exactamente (1).

(1) Ferdinand Tönnies, *Gemeinschaft und Gesellschaft. Grundbegriffe der reinen Soziologie,* (c. 1887, 2ª ed. 1912), versión en español: Buenos Aires, Losada, 1947.

Fundación Speiro

Un grupo humano o agregado social se vuelve una «asociación» o sociedad por un vínculo voluntario (es decir, deliberado en fines y medios) que lo constituye como tal en la prosecución de ciertos intereses. Del asociado solamente se requiere la «adhesión» a la asociación (a su fin y a los medios para obtenerlo), esto es, impone una identidad voluntaria y no disponible. Puedo o no ser socio de ella, pero si lo soy lo será por mi voluntaria adhesión. El fin de la asociación es cerrado y excluyente, pues no comprende –sino que rechaza– los fines divergentes. Una asociación de pesca tiene como proyecto asociativo la pesca y si alguno de sus miembros quisiera que tuviera otro propósito (practicar esgrima o tocar la guitarra) debe salirse de la sociedad y formar otra.

En cambio, la «comunidad», como la política o la familiar, responde a una tendencia natural actualizada (libremente) para la consecución de un fin que es también natural y que esa comunidad actualiza, pone en obra; no excluye la voluntad en sus integrantes, pero es un querer enderezado al fin que la razón conoce como connatural a ella. Podría decirse que en la comunidad se opera una reunión de las personas por el carácter integrador de su fin, que excede los de los miembros individuales. Dado que su fin es compositivo (integrador), incorpora los fines de las partes y los hace posibles. Aquí la identidad no viene forzada por la adhesión sino que es, diré así, objetiva o natural por la «participación» en la comunidad. En muchos casos, se es parte de una comunidad (se participa de ella) aun sin la personal aquiescencia (nazco en una familia, en una patria).

Muchas de las comunidades que conocemos son parte de una comunidad mayor a la que se integran; el concepto que rige entre ellas es, insisto, la participación en el fin común. En cambio, la asociación es un todo encerrado en sí mismo porque la tendencia al fin excluyente la hace un todo, no una «parte de». Por supuesto que responde a la natural sociabilidad humana y que por lo mismo está dentro de un comunidad mayor (por ejemplo, el Estado), pero no participa de su fin común sino relativamente, porque en general ese ente mayor sólo le aporta un marco normativo al que someterse y no perfectivo de ella. Es más, entre

Fundación Speiro

asociaciones que tienen fines similares, no se da una integración al nivel superior del fin común sino una federación o alianza de voluntades diferentes y parcialmente concurrentes (2).

En los últimos tiempos asistimos a un ataque al Estado en nombre de las comunidades menores a él, en esto consiste el «multiculturalismo». En nombre de valores y costumbres (por ejemplo, étnicos, religiosos, sexuales, etc.) no asimilables ni integrados al fin del Estado, se propone la independencia de unas culturas de la estatal. Por cierto que el planteo tiene mucho de erróneo (3), pero constituye el marco en el cual ha nacido el comunitarismo en sus más variadas expresiones.

La matriz ideológica de todo comunitarismo no es la comunidad sino la asociación. Ahora nos interesa exponer dos modalidades principales de este «comunitarismo asociativo». En unos casos, solamente persiguen incorporarse al Estado en pie de igualdad con otras asociaciones (como cuando los del colectivo LGTB reclaman ser iguales a las familias y tener sus mismos derechos); en otros, lo que quieren es que el Estado respete y garantice su modo cultural de vida y no se entremeta con las asociaciones (como cuando los indígenas demandan vivir según su diversidad al margen de la cultura oficial). En el primer caso, a pesar del efecto siempre disgregador encubierto bajo una estrategia acomodaticia, el comunitarismo asociativo presenta el rostro bueno de la integración o incorporación, por lo que lo llamaré «integracionista»; en el segundo, su faceta feroz y combatiente contra la autoconservación del Estado, el comunitarismo asociativo puede volverse «segregacionista», es decir, separatista.

---

(2) Porque cada club de pesca puede lograr su propósito sin requerir de otro club de pesca; empero, pueden aliarse o federarse por motivos de conveniencia.

(3) Primeramente porque el Estado es, conforme a la ideología moderna, no una comunidad sino una asociación que tiene como fin su autoconservación, aunque se diga paz, orden, seguridad, etc. Seguidamente, porque esas comunidades de cultura que se rebelan contra el Estado no son sino asociaciones con fines parciales excluyentes que suelen rechazar la participación en un fin común que las trasciende.

Fundación Speiro

4. La raíz liberal del comunitarismo asociativo católico

Antes que a Tönnies, he tenido en mente algunos autores liberales, porque el comunitarismo católico me hace pensar en el mismo argumento de los libertarios, por caso Robert Nozick (4). Los comunitaristas católicos quieren como Nozick un Estado ultra mínimo construido por ellos que sea salvaguardia de su recóndita bondad. El Estado así erigido (el mini Estado del comunitarismo asociativo católico) es una agencia de seguridad que protege del enemigo los bienes que resguarda (especialmente los sobrenaturales), pero que por su carácter autoconstituido convive con otras comunidades asociativas, también autoconstituidas, que son sus enemigas por no participar del bien que aquél apadrina.

De aquí derivan dos corolarios que quiero subrayar. Primero, que esta índole del comunitarismo católico solamente es posible en el marco del Estado liberal y su cultura individualista, sectarista y asociativa (5). Segundo, como ocurre en el Estado liberal, que ello comporta aceptar los proyectos del liberalismo porque toda lucha de asociaciones se detiene ante la autoconservación del Estado. Por eso la docilidad de este comunitarismo asociativo católico; su pretendido separatismo juega a la integración en el Estado liberal en condiciones de relativo aislamiento.

5. La crítica del comunitarismo católico por la heterogénesis de los fines

Este comunitarismo católico del que tratamos está arraigado, consciente o inconscientemente, en un conjunto de errores modernos que concluyen en esa anticipada heterogénesis de los fines. Aproximándome al remate de este ensayo, quisiera mostrar sumariamente el origen y las consecuencias de esas pifias.

---

(4) Robert Nozick, *Anarchy, State and utopia* (1974), traducido al español: *Anarquía, Estado y utopía*, México, FCE, 1988.

(5) Un comunitarismo católico era impensable en tiempos de la Cristiandad, salvo que fuera el de los sectarios y heréticos; y si es hoy imaginable es porque cabe dentro del marco garantista del Estado de derecho liberal.

Fundación Speiro

a) El comunitarismo católico tiene un gran parecido con ese «nacionalismo enclenque» de asociaciones expósitas disconformes con la cultura dominante, como la de los africanos o asiáticos en tiempos de descolonización; es una suerte de voluntarismo político bienintencionado que trata de imponerse contra el bien que la razón conoce como tal. El razonamiento sería algo así: la comunidad política es buena, pero esta de hoy es malísima; luego, hagamos una a nuestra imagen y semejanza, que sea buena lejos de la corrupta. Primera heterogénesis de los fines: la voluntad contra la naturaleza, el querer contra la razón, «mi» fin contra «el» fin.

b) El comunitarismo católico es una suerte de «feminismo político», porque el encerramiento y el dar las espaldas a la vida común tiene necesariamente que postular la renuncia al buen combate (salvo que la pelea sea entre nosotros, inaceptable entre cofrades); si de aquí resultase algo político, sería una política eunuca, sin testículos, carente de testosterona. El comunitarismo católico es la política de los castrados, la antipolítica, diría Julien Freund. Segunda heterogénesis de los fines: la ciudad de los castrados.

c) En las propuestas de esta cepa comunitarista hay bastante de «calvinismo católico» porque resulta de una aclimatación de políticas protestantes a la situación actual de la Iglesia. La salida del mundo para refugiarse en una Iglesia nueva y nuestra que nos ampare, mezcla y confunde lo eclesiástico y lo civil, pues en aras de preservar el constitutivo sobrenatural de la comunidad, tiende a la indistinción de Estado e Iglesia, propia del hereje ginebrino. «La capilla es el Estado», frase que he oído en boca de algún cura, expresa bien la propuesta: no hace falta nada más que familias e iglesitas. Versión atrabiliaria del viejo papocesarismo. Tercera heterogénesis de los fines: el catolicismo protestante.

d) Los comunitaristas de los que hablo innovan en las puestas del «liberalismo católico», porque es hijo de una Iglesia antipolítica, que ha renunciado a la política católica y que se inclina a un americanismo/ecumenismo con el fin de acompañar el mundo y hacerlo avanzar (como se acusa certeramente al Concilio Vaticano II). Pero la tesis de la ciudadela católica es también liberal y por dos razones. Una,

Fundación Speiro

se vale de los instrumentos del liberalismo para edificar su fortaleza, como se dijo ya. Otra, no convierte al mundo: se acomoda a él en él, porque necesita del mundo liberal para aislarse y autoprotegerse. Cuarta heterogénesis de los fines: el liberalismo de los antiliberales.

e) En un mundo de facciones y sectas, el comunitarismo que exponemos es netamente moderno por sectario, esto es, un «catolicismo faccioso», al modo como James Madison presenta las facciones en el juego del constitucionalismo: se contrarrestan entre sí, anulándose ante el Estado, de donde resulta la debilidad de las sectas y el inmenso poder del Estado/iglesia calvinista. Quinta heterogénesis de los fines: la facción universal.

f) Este comunitarismo católico es típico de las monarquías hodiernas, de reyes que no reinan y de un «reino sin rey», porque salir del mundo para edificar un castillo incontaminado no puede verse más que como una negación de lealtad al monarca universal que es Cristo, al que se ve decapitado o mutilado o simplemente impedido de reinar. Insisto: para los comunitaristas de esta calaña, dar el buen combate no tiene sentido porque ya no se tiene siquiera un rey por quien combatir. «A rey muerto, rey puesto», afirma el dicho. Sexta heterogénesis de los fines: la negación de la realeza plena de Jesucristo, encerrado en un castillo comunitarista en el que, dicen, sí reinará (6).

g) Dejar buena parte del mundo en manos del enemigo no dice sino de la cobardía que nos lleva a rehuir el buen combate, esto es, del «egoísmo en nombre de la caridad»: nuestro bien lo defendemos entre nosotros, no es ya comunicable a los otros que se han quedado fuera de nuestro círculo; el bien común que nos lleva a asociarnos (las buenas costumbres, la sana moralidad, las familias o la santa misa) no es participable a los demás, luego no es común, no en razón del bien sino por causa del agente egoísta. Séptima heterogénesis de los fines: la incomunicación (privatización) del bien común.

---

(6) Algo más he dicho en Juan Fernando Segovia, «Cristo Rey y las apostasías políticas», *Verbo* (Madrid), núm. 553-554 (2017), págs. 201-220.

Fundación Speiro

h) Por tanto, el comunitarismo católico no es hijo de la buena teología sino de un magro «sociologismo católico», a su vez tributario de un maniqueísmo gnóstico que cree que las buenas sectas deben inventarse un mundo aparte del malvado mundo real. A mi juicio, es evidente que este tipo de remedio ha sido incoado por algunos pontífices en los últimos decenios que han certificado que los católicos constituimos una minoría (7), nacido de un complejo de inferioridad que, si no ha perdido su norte, al menos lo tiene enceguecido por tan temido descubrimiento.

Este sociologismo obra como una suero paralizante que confunde las causas del buen combate (conquistar el alma del enemigo es hoy mutada en «escapemos antes que nos conquisten») y no sabe de los actores en la lid (especialmente, Nuestro Señor Jesucristo de quien somos instrumentos) (8). No es un paliativo, menos aún un placebo, porque el complejo de inferioridad genera soldados (fieles, laicos) desarmados para la lucha (eunucos) y curas hiperactivos: el abad y sus monjes son la única defensa activa contra el enemigo. Octava heterogénesis de los fines: el impotente vigoroso o cuando la fortaleza se vuelve debilidad.

i) En el fondo, el comunitarismo católico es una «utopía de quienes se dicen realistas». Esta ceguera utópica se acoda en una visión estática de su comunidad (que se mantiene inmóvil en el tiempo y en el espacio) que augura la eliminación del conflicto entre los pares, porque se asimila la reclusión a la paz.

Pensando una comunidad autosuficiente en su origen (la ciudad católica aislada, el castillo invencible) y aceptando que no haya en ella control de natalidad (las familias, bajo su amparo, procrearán cristianamente muchos hijos para gloria de Dios), se debe prever también que en pocas décadas, por necesidad, habrá una explosión demográfica intramuros que volverá insuficientes los bienes materiales

(7) Es la psicología del inferior o desventajado, que nota que del «somos más» hemos llegado hoy al «somos menos» y que debemos resguardarnos.

(8) Se han invertido los términos: cada soldado se vuelve general de un ejército en retirada y sin jefe. Consecuencia de la heterogénesis sexta que niega la realeza social de Jesucristo.

Fundación Speiro

para la subsistencia de los cuerpos (supuesta la asistencia espiritual que nunca ha de faltar por la rectitud incólume de los sacerdotes) (9). Y la solución al problema (que no se piensa o, si se lo hace, se minimiza) no tiene demasiadas alternativas: o bien la ciudadela católica explota y se quiebra, vencidas las paredes que la resguardan del mundo; o bien se lanza a la conquista de lo necesario para su subsistencia y así entra en guerra con los vecinos. Tanto en uno como en otro supuesto, el contacto con el mundo trae el riesgo de la mundanización y ésta el peligro cierto del fin del aislamiento comunitarista. Novena heterogénesis de los fines: la disolución de la comunidad *contra natura*.

6. Conclusión

En última instancia, el comunitarismo católico es la negación del orden natural querido por la Providencia de Dios. Bajo la apariencia de la justa y santa autodeterminación de los católicos se infiltra el pecado de ir contra los designios divinos. La providencia de los buenos sustituye a la Providencia del Bien en sí.

Vale aquí, para todos, la precisa reflexión de Giambattista Vico:

> «Porque precisamente los hombres han hecho este mundo de naciones […]; sin embargo, este mundo, sin duda, ha salido de una mente muy distinta, a veces del todo contraria y siempre superior a los fines particulares que los mismos hombres se habían propuesto; estos fines restringidos que, convertidos en medios para servir a fines más amplios, ha obrado siempre para conservar la generación humana en esta tierra. Ya que los hombres quieren usar la libido bestial y perder sus partos, y establecen la castidad de los matrimonios, de donde surgen las familias; quieren los padres ejercitar sin medida los poderes paternos sobre los clientes, y les someten a los poderes civiles,

(9) Quiero decir: en la secta buena ya no habrá sectarios, la ortodoxia vencedora no dará pábulo a heterodoxos, la unidad religiosa aventará toda herejía. El argumento, se ve, es falso; toda la historia de la Iglesia Católica aboga por una opuesta experiencia. La cizaña no se erradica sino al momento de la cosecha.

Fundación Speiro

de donde surgen las ciudades; quieren los órdenes reinantes de los nobles abusar de la libertad señorial sobre los plebeyos, y llegan a la servidumbre de las leyes, que establecen la libertad popular; quieren los pueblos libres librarse del freno de sus leyes, y llegan a la sumisión de los monarcas; quieren los monarcas, con todos los vicios de la disolución que les asegura, envilecer a sus súbditos, y les disponen para soportar la esclavitud de naciones más fuertes; quieren las naciones perderse a sí mismas, y llegan a salvar sus avances en las soledades, de donde, como el fénix, resurgen nuevamente. Quien hizo todo esto, fue mente, porque lo hicieron los hombres con inteligencia; no fue destino, porque lo hicieron con elección; no azar, porque perpetuamente, haciéndolas siempre del mismo modo, salen las mismas cosas» (10).

(10) Giambattista Vico, *Scienza nuova* (1725, 3ª ed. 1744), Conclusión, núm. 1108, versión castellana: *Ciencia nueva*, ed. R. de la Villa, Madrid, Tecnos, 1995, pág. 527.

Fundación Speiro